

## **Estilos educativos parentales: tipologías e importancia de evaluar cómo perciben los niños, niñas y adolescentes a sus cuidadores**

**Milton Contreras Sáez**

Trabajador Social. Universidad de Concepción

Magíster en Estudios y Desarrollo de la Familia. Universidad de la Frontera

© Doctor En Ciencias Humanas. Universidad de Talca



La importancia de estudiar a la familia y en específico los estilos educativos materno y paterno desde la perspectiva de adolescentes es parte del objetivo de profundizar conocimientos disciplinarios necesarios para el estudio e intervención con familias, considerando este como un aporte reciente en este ámbito. Por otro lado, analizar diversos contextos familiares y las principales consecuencias en sus miembros por medio de instrumentos de evaluación familiar.

Es trascendente de estudiar dado que, en la actualidad, se ha afirmado que “la familia conforma un espacio de acción en el que se definen las dimensiones más básicas de la seguridad humana: los procesos de reproducción material y de integración social de las personas” (PNUD, 2002). Es significativo agregar que las familias son unidades sociales complejas, de amplia diversidad estructural, cultural, económica, reproductiva, socializadora, presentando en la práctica tal variabilidad, que no siempre es fácil de clasificar (González Torralbo, 2013).

La familia es el contexto de crianza más importante en los primeros años de vida, adquiriendo en él, niños y niñas, las primeras habilidades y hábitos que le permitirán conquistar su autonomía y las conductas cruciales para la vida. Los adultos que los cuidan tienen un importante papel en la vida de los niños, pero muchas veces dicha influencia no es la decisiva, no aprenden solamente de ellos. Podemos decir que «la educación no es algo que los padres hagan a los hijos, sino algo que padres e hijos hacen conjuntamente» (Rich, 2002).

Las prácticas parentales se refieren a las conductas específicas que los padres – adultos responsables utilizan para socializar a sus hijos (Darling & Steinberg, 1993), como por ejemplo enseñarle hábitos a la hora de la comida o ayudarles al momento de hacer deberes.

Un primer acercamiento a la exploración de estilos, en este caso de estilos de liderazgo, se remonta al trabajo de Kurt Lewin en 1939, quien se basa a su vez en trabajos previos de Lippitt & White en la misma década en torno al efecto de las atmósferas *democráticas, autocráticas y “laissez-faire”*. Lewin, estudió grupos de jóvenes expuestos a estos tres estilos de liderazgo, donde los resultados generales indicaron que los ajustes en sus conductas se mostraron como respuesta a los estilos de liderazgo y no el resultado de diferencias individuales (Rivadeneira, 2013).

Tradicionalmente, los estilos educativos parentales han sido estudiados partiendo de un enfoque tipológico, desde el que se han establecido categorías de estilos educativos, en función del nivel de afecto o implicación y control o coerción que los padres y madres mostraran a sus hijos. Una de las tipologías sobre estilos educativos parentales más populares, fue la que inicialmente formuló Diana Baumrind (1968), clasificándolos en autoritarios, democráticos (asertivos) y permisivos (indulgentes). Como han señalado Steinberg y Silk (2002), esas primeras aproximaciones al estudio del estilo parental que utilizaban un enfoque tipológico o clasificatorio se vieron complementadas por las aportaciones de otros investigadores que siguieron un enfoque multidimensional, donde incluyen seis dimensiones etiquetadas como afecto y comunicación, promoción de autonomía, control conductual, control psicológico, revelación y humor (Oliva, Parra, Sánchez-Queija & López, 2007).

Contextualizando en el escenario chileno, la familia es una institución con gran incidencia sobre las decisiones que toman los jóvenes. Esta importancia que tiene la familia en el desarrollo personal de los chilenos quedó plasmada en los resultados de la Encuesta Nacional de la Juventud (2009), que señaló que la familia es considerada una de los ejes centrales para alcanzar la felicidad y una de las instituciones en las que más confían. Pese a las transiciones de las familias en el mundo contemporáneo y específicamente en Chile con incidencias de múltiples factores, tales como los cambios económicos, culturales y demográficos.

## **Estilos educativos maternos y paternos**

Durante los primeros años de vida de una persona, los padres – adultos responsables desempeñan un rol fundamental en su desarrollo. El resultado de esta influencia dependerá de cómo afrontan el desafío de obtener el balance entre la madurez y las demandas disciplinarias para integrar a los hijos en el sistema social (Bornstein, 2007).

Un estilo educativo trata de crear unas coordenadas de regulación dentro de las que se enmarcan y describen las estrategias y mecanismos de socialización y educación que los adultos responsables ejercen sobre los niños y niñas (traducidos en creencias, valores y comportamientos) que pretenden influir en su desarrollo integral.

En ese sentido, un estilo educativo tanto «representa la forma de actuar de los adultos respecto a los niños ante situaciones cotidianas, toma de decisiones o la solución de problemas» (Torío, Peña & Rodríguez, 2008), como los «esquemas prácticos que reducen las múltiples y minuciosas prácticas educativas paternas a unas pocas dimensiones, que, cruzadas entre sí en diferentes combinaciones dan lugar a diversos tipos habituales de educación familiar» (Coloma, 1993).

Estilo educativo es el conjunto de pautas y prácticas de crianza, cuyo objetivo es la socialización y educación de los hijos, donde interactúan rasgos de personalidad, experiencias pasadas y características genéticas, tanto parentales como filiales, que se contextualizan dentro de un sistema intra, meso y macrofamiliar inmerso, a su vez, en un marco transcultural e histórico determinados (Aroca, 2010).

Desde una evolución histórica del concepto de estilo parental, este puede ser entendido como una constelación de actitudes acerca del niño, que le son comunicadas y que, en conjunto, crean un clima emocional en el que se ponen de manifiesto los comportamientos de los padres. Estos comportamientos incluyen tanto las conductas a través de las cuales los padres desarrollan su paternidad (prácticas parentales) como cualquier otro tipo de comportamientos como gestos, cambios en el tono de voz, expresiones espontáneas de afecto, etc. (Darling & Steinberg, 1993).

Las prácticas parentales influyen en el desarrollo del niño e inicialmente se visualizaba como un recurso global para describir los contextos familiares, sin embargo se ha identificado además, que el entorno también podría modificarse. Los análisis que partían de esta concepción parecían ser más predictivos de los atributos del niño que los basados en prácticas parentales específicas, porque la influencia de alguna práctica particular en el desarrollo del niño se perdía más fácilmente entre la complejidad de otros atributos parentales (Baldwin, 1948; Orlansky, 1949; Symonds, 1939).

### **Importancia de un enfoque basado en los efectos sobre los hijos**

Baumrind había informado sobre asociaciones entre prácticas parentales específicas y determinados resultados en los niños y adolescentes (Baumrind & Black, 1967; Baumrind, 1991). No obstante, su conceptualización pone más énfasis en el análisis de los efectos parentales centrado en las características de la persona que en el análisis centrado en las variables (Baumrind, 1966, 1971, 1991). Esta autora afirmaba que llegar a una visión acertada del modo global en que naturalmente tienen lugar los tipos de prácticas parentales requiere observación sostenida, considerando las interacciones familiares en varios medios y entornos sociales. Definido por un perfil de puntuaciones en variables específicas de afecto y exigencia, su planteamiento implica una relación multiplicativa, no aditiva, entre las prácticas que constituyen cada tipología (Baumrind, 2005).

Como se ha señalado, los tres estilos parentales: autoritativo, autoritario y permisivo surgieron de un estudio piloto como descripción empírica de los padres de niños etiquetados respectivamente como maduros, desarraigados o disfóricos e inmaduros (Baumrind, 1967). Los padres autoritativos (de niños maduros) y los padres autoritarios (de niños desarraigados) se diferenciaban en las variables de afecto, mientras que los padres autoritativos y los permisivos (de niños inmaduros) se diferenciaban en las variables de exigencia (Baumrind, 1966). Cada una de las tres configuraciones es un prototipo que ejemplifica los rasgos distintivos de cada grupo, así como también describe los comportamientos que definen a cada miembro del grupo.

No obstante, es importante mencionar que, en estudios posteriores, fue identificada una categoría de padres que no eran ni afectuosos ni exigentes: los padres negligentes. Ejemplo de aquello es cuando los niños de su estudio longitudinal tenían aproximadamente quince años, Baumrind (1991) diferenció entre los cuatro tipos de padres, basándose en el grado de desequilibrio en su afecto y control. Así, se crearon una serie de sub categorías:

- **Autoritario-directivo:** son padres directivos que se mostraban poco afectuosos, altamente intrusivos y muy exigentes.
- **No autoritario-directivo:** son padres muy exigentes, pero moderadamente afectuosos y moderadamente o poco intrusivos.
- **Permisivo:** son padres poco exigentes y muy afectuosos.
- **Democrático:** son padres moderados en sus exigencias y con alto nivel de afecto.
- **Rechazante:** son padres que presentan un bajo nivel de afecto y exigencias, que a su vez son hostiles e intrusivos.
- **Negligente:** también presentan bajo nivel de afecto y exigencias, pero se muestran indiferentes hacia el hijo.
- **Suficiente:** son padres moderadamente afectuosos y moderadamente exigentes.
- **Autoritativos:** son padres con alto nivel de exigencia y afecto y además son poco intrusivos.

Los adolescentes fueron comparados mediante estos ocho tipos de padres (Baumrind, 1991). Aunque los jóvenes con padres autoritativos eran más competentes y menos inadaptados, aquellos cuyos padres presentaban unos niveles de afecto y exigencia moderadamente equilibrados, como son los democráticos y no autoritarios directivos, eran igual de competentes y ajustados. Por otro lado, en relación con los adolescentes que provenían de hogares autoritativos y democráticos, aquellos de hogares directivos tanto autoritarios como no autoritarios eran en cierto modo menos independientes y eficientes académicamente, pero estaban bien socializados. Sin embargo, los niños con padres no autoritarios-directivos presentaban menos nivel de angustia y eran más competentes que los hijos de padres autoritarios-directivos.

Entonces, el estilo parental permite conocer de manera preliminar la competencia del niño y para cualificar los efectos de las prácticas parentales observadas. Por lo tanto, las variables que representan los factores de la exigencia tienen un efecto más beneficioso cuando se dan en una configuración autoritativa que cuando se dan en una autoritaria. En el estilo autoritativo, la configuración contempla firme control conductual y supervisión con cariño y autonomía. De forma similar, un alto nivel de afecto influye positivamente en los niños cuando se da junto con altas exigencias en una configuración autoritativa, pero no cuando se da junto a bajas exigencias en un tipo permisivo (Baumrind, 2005).

Los tipos de estilo parental categorizan una relación particular padres-hijo en un momento específico. Sin embargo, que se de cierta estabilidad en esta relación es consecuencia probablemente de la continuidad en las cualidades del niño y los valores, personalidad y expectativas de los padres (Baumrind, 2005).

### **Estilo parental en la actualidad**

Del mismo modo en el cual la sociedad se va a adaptando y cambiando acorde a las nuevas generaciones, el estilo parental se modifica de acuerdo a quienes actualmente cumplen el rol de padres como también el de los hijos.

Es por ello, que debemos tener en consideración la influencia de agentes externos en la familia sobre el estilo parental y, a su vez, sobre el desarrollo del niño, Rubin, Bukowsky & Parker (1998) propusieron un modelo compuesto por tres niveles, que determina el éxito del niño en las relaciones sociales con sus iguales. En este sentido, la competencia social del niño depende de tres factores que se distribuyen en tres niveles concéntricos:

- Nivel intraindividual, compuesto por las características de personalidad y predisposiciones biológicas.
- Nivel interindividual, donde se situarían los estilos educativos de los padres.

- Un tercer nivel o microsistema responsable de los factores de riesgo y protección presentes en el contexto de desarrollo del niño.

En este sentido, numerosos autores han llegado a afirmar que la calidad y estilo de interacción entre los padres y sus hijos depende del contexto social y concretamente del nivel de estrés y apoyo emocional e instrumental experimentado por los padres (Jiménez & Muñoz, 2005).

En cuanto a las variables situacionales, Grusec & Goodnow (1994) señalan que el mismo estilo educativo puede dar lugar a distintas manifestaciones en función de la situación. De este modo, estos autores han señalado que los padres autoritativos suelen usar el razonamiento ante el incumplimiento de normas convencionales, una combinación de imposición y razonamiento ante comportamientos que suponen un daño o molestia a otros y castigos ante los que suponen un daño a objetos y propiedades de otros. En esta misma línea, Ceballos & Rodrigo (1998) afirman que los padres suelen usar prácticas más coercitivas ante los problemas de tipo externalizante por suponer comportamientos que atentan más directamente contra las personas del entorno y otras prácticas más permisivas o inductivas ante los problemas de tipo internalizante, por considerar que ejercen un efecto menos negativo en los demás.

Lo anterior indica que la conducta del niño condiciona en cierto modo el comportamiento de los padres, por lo que, al final, la actuación socializadora será resultado de la combinación entre el estilo más característico de los padres y el comportamiento del niño en determinados momentos y situaciones (Palacios, 1999).

Del mismo modo que el comportamiento del niño determina en cierto sentido el empleo de unas prácticas u otras por parte de sus padres, otras características más estables como las que componen la personalidad también lo hacen. En este sentido, las pautas educativas suaves con escasa afirmación de poder funcionan con niños tímidos y miedosos, mientras que la descripción clásica del estilo autoritativo suele funcionar mejor con los niños que no presentan estas características (Kochanska, 1995).

Otra característica del niño que puede determinar el estilo de sus padres es la edad, ya que, a medida que aumenta la edad de los hijos, los padres perciben cierta pérdida de control, recurriendo a técnicas más controladoras como la imposición frente a la reflexión y el diálogo que se emplea en edades más tempranas (Palacios, 1999).

Por lo tanto, se debe considerar que no solo la conducta que mantienen los padres hacia los hijos influye en la reciprocidad de su relación, sino que además el cómo se comporta el niño determinara la manera en la cual los padres actuaran frente a él.

A partir de lo anterior se describe en qué medida influye el estilo educativo que proporcionan los padres en las conductas de riesgo que incurren los adolescentes. Considerando que la adolescencia es el periodo de tiempo entre el inicio de la pubertad y el final del crecimiento y desarrollo físico y psicosocial (Hidalgo, Ceñal & Güemes, 2014).

Por lo cual, el estilo educativo de los padres incide en las conductas de riesgo de los adolescentes. Aquellos que perciben a sus progenitores afectuosos, promoviendo su autonomía y tienen mayor conocimiento de su experiencia, presentan un mejor ajuste a su ciclo vital, así como también una mayor calidad de vida y un menor riesgo del consumo abusivo de sustancias. En cambio aquellos adolescentes que perciben a sus padres poco afectuosos, con bajo conocimiento de sus vivencias presentan una mayor tendencia al consumo de drogas y tabaco (Jiménez-Iglesias & Moreno, 2015).

Es relevante mencionar los estudios que relacionan el clima social familiar y las conductas agresivas de los adolescentes, destacan como factores de riesgo la escasa relación afectiva entre sus miembros, bajo apoyo emocional y que presentan un alto nivel de conflicto al interior de sus hogares (Lösel & Farrington, 2012; citado en Cerezo, Sánchez, Ruiz, & Areñse, 2015).

Sin embargo no se puede confirmar un estilo educativo familiar específico para los implicados en bullying, aunque parece haber cierto acuerdo en asociar estilos autoritarios y/o inconsistentes a conductas agresivas, y estilos sobreprotectores y/o autoritativos a conductas de victimización escolar (Cerezo, Sánchez, Ruiz, & Areñse, 2015).

A partir de lo anterior, cabe señalar que los adolescentes en los cuales sus padres presentan estilos educativos en que se percibe una escasa autonomía, con carencia de normas

claras junto a un nivel medio de aceptación presentan una tendencia a convertirse en agresores en su medio escolar (Cerezo et al., 2015).

Para que los adolescentes presenten un bienestar general, el afecto de los padres, la promoción de la autonomía y las actividades en familia; son dimensiones que favorecen una mejor calidad de vida (Jiménez-Iglesias, Moreno & Rivera, 2015).

Sin embargo, si existe una discordancia entre las expectativas de los jóvenes sobre las muestras de afecto y lo que reciben de parte de sus progenitores generará que la salud mental del adolescente sea deficiente (Maurizi, Gershoff & Aber, 2012).

El afecto de los padres y la promoción parental de la autonomía, se relacionan directamente con la satisfacción de las necesidades emocionales y la autonomía de los adolescentes. Satisfacer ambas es esencial para su bienestar (Jiménez-Iglesias, Moreno & Rivera, 2015).

No obstante, el ejercicio de un mayor control sobre las actividades de los adolescentes o su paradero, sugiere que no posee una incidencia significativa en que presenten un menor comportamiento problemático (Wertz, Nottingham, Agnew-Blais, Matthews, Pariente , Moffitt, & Arseneault, 2016).

Diversas investigaciones señalan que aquella estrategia de crianza no es un impedimento para el comportamiento antisocial, ya que aun cuando hayan controlado su paradero durante la preadolescencia aquello no afectó en sus niveles de conducta antisocial. Se estima que si el adolescente presenta conductas antisociales, tienen más probabilidades de tener padres que monitorean poco, debido a que la situación social de la familia influye tanto en el control de los padres, como el nivel antisocial que exhiben los jóvenes (Wertz et al., 2016).

Es decir que el conocimiento de los padres sobre las actividades de los jóvenes, disminuye en respuesta al comportamiento antisocial que presentan. Produciéndose la ausencia de una participación positiva de los padres, en respuesta a la conducta que muestran sus hijos.

Una última cuestión pendiente y que está ocupando a muchos de los investigadores sobre el estilo parental en la actualidad es la variabilidad en las consecuencias del mismo en

función del contexto social, cultural y étnico, tal y como plantearon Darling & Steinberg (1993) en su extensa revisión.

Como se puede apreciar, son muchos los frentes abiertos en el estudio de los estilos parentales que desde el primer tercio del siglo XX aparecieran las primeras teorías sobre el tema. En este apartado hemos señalado que, en un principio, el estudio del estilo parental trata de identificar una serie de actitudes holísticas inherentes a la crianza, que determinaran de manera global la interacción entre padres e hijos. Posteriormente, se plantea la necesidad de operacionalizar estas actitudes, para lo que se recurre a la descripción de una serie de conductas y dimensiones. El estudio de estas conductas o prácticas parentales así como determinadas dimensiones de los estudios miden éstos a través de comportamientos concretos cuya suma aporta una puntuación global sobre alguna determinada característica de los padres, de su labor como educadores o de su interacción con los hijos.

Una aportación importante en el estudio de los estilos parentales consistió en entender la relación entre padres e hijos desde una perspectiva bidireccional, de modo que el comportamiento de los hijos es influido por sus padres, pero al mismo tiempo, el comportamiento de los padres como educadores es condicionado por las características de los hijos y el feedback que reciben de sus propias acciones educativas.

Si bien las distintas teorías sobre los estilos parentales han ido suponiendo un avance en la comprensión del mismo, los nuevos descubrimientos no han invalidado a otras teorías anteriores, sino que han ido ampliando y diversificando los distintos aspectos que pueden ser estudiados. En este sentido, si bien a priori la clasificación bidimensional de Maccoby & Martin (1983) puede parecer en cierto modo reduccionista, los distintos trabajos que se realizan actualmente, como veremos más adelante, siguen en su mayoría relacionando sus resultados con las cuatro tipologías clásicas a pesar de medir aspectos tan distintos como la implicación en distintas tareas paternas, los métodos de castigo o la calidad de la comunicación.

En base a lo anterior, se puede decir que el modelo integrador de Darling & Steinberg (1993) supone un gran avance en la manera de entender los estilos parentales como un elemento que determina tanto las prácticas de crianza utilizadas por los padres como los efectos de estas prácticas sobre el desarrollo de los hijos. A pesar de esto, son muchos los

aspectos que aún quedan por estudiar en lo que al estilo parental se refiere y las consecuencias que determinadas combinaciones de estilos y conductas en los padres junto con determinadas características en los hijos pueden tener sobre el desarrollo de los mismos.

### **Recomendaciones**

Actualmente se debe considerar que la familia y el trabajo son identificados como aspectos relevantes en la satisfacción y el bienestar de las personas (Guerrero, 2003). Estos dos aspectos se encuentran relacionados que pueden llegar a interferirse mutuamente, donde las demandas del ámbito laboral y familiar son incompatibles entre sí originando dificultades en su capacidad para desempeñarse óptimamente en ellos. A pesar de que existe consenso que este fenómeno denominado “conflicto trabajo-familia” posee características bidireccionales, se ha descubierto que la interferencia del trabajo en la familia es más frecuente, independiente del género (Slan-Jerusalim & Chen 2009).

La masiva incorporación de las mujeres al mundo laboral ha dejado en evidencia lo habitual que es la interferencia entre la familia y el trabajo, ya que ellas además de sus roles laborales y búsqueda de desarrollo profesional siguen asumiendo la mayor responsabilidad del hogar, a diferencia de los hombres quienes establecen límites entre los roles laborales y familiares (Hernández, 2008).

Finalmente, el evaluar los estilos educativos maternos y paternos desde el ajuste adolescente desde un enfoque multidimensional pudiese permitir modificar en parte el enfoque tipológico, desde la que se analizan un mayor número de dimensiones parentales, que permiten captar no solo la mayor variabilidad de los estilos educativos parentales, sino también la bidireccionalidad existente entre las conductas de los progenitores y las de los propios hijos e hijas (Oliva, Parra, Sánchez-Queija & López, 2007).

## Referencias bibliográficas

Aroca, C. (2010). La violencia filio-parental: una aproximación a sus claves. Tesis doctoral. Universidad de Valencia. , D. (1966). Effects of authoritative control on child behaviour. *Child Development*, 37, 887-907.

Baumrind, D. (1967). Child care practices anteceding three patterns of preschool behaviour. *Genetic Psychology Monographs*, 75, 43-88.

Baumrind, D. (1968). Authoritarian versus authoritative parental control. *Adolescence*, 3, 255-272.

Baumrind, D. (1970). Socialization and instrumental competence in young children. *Young Children*, 26, 104-119.

Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology Monograph*, 4 (1, Pt. 2).

Baumrind, D. (1989). Rearing competent children. En W. Damon (Ed.), *Child development today and tomorrow* (pp. 349-378). San Francisco: Jossey-Bass.

Baumrind, D. (1991a). Parenting styles and adolescent development. En J. Brooks-Gun, R. Lerner y A. C. Petersen (Eds.), *The encyclopaedia of adolescence* (pp. 746- 758). New York: Garland.

Baumrind, D. (1991b). The influence of parenting style on adolescent competence and substance abuse. *Journal of Early Adolescence*, 11 (1), 56-95.

Baumrind, D. (1993). The Average Expectable environment is not good enough: a response to scar. *Child Development*, 64, 1299-1317.

Baumrind, D. (1996). The Discipline Controversy Revisted. *Family Relations*, 4 (4), 405-414.

Baumrind, D. (2005). Patterns of parental authority and adolescent autonomy. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 108, 61-69.

Baumrind, D. & Black, A. E. (1967). Socialization practices associated with dimensions of competence in preschool boys and girls. *Child Development*, 38, 291-327.

Bornestein, D. (2007). How to change the world social entrepreneurs and the power of new ideas. Updated edition.

Cerezo, F., Sánchez, C., Ruiz, C., & Areñe, J. J. (2015). Roles en bullying de adolescentes y preadolescentes, y su relación con el clima social y los estilos educativos parentales. *Revista de Psicodidáctica*, 20(1), 139-155. doi: 10.1387/RevPsicodidact.11097

Coloma, J. (1993). Estilos educativos paternos. En J.M. Quintana (coord.), *Pedagogía Familiar* (pp. 45 – 58). Madrid: Narcea.

Darling, N. & Steinberg, L. (1993). Parenting Style as Context: An Integrative Model. *Psychological Bulletin*, 113 (3), 487-496.

Darling, N. & Toyokawa, T. (1997). Construction and validation of the Parenting Style Inventory II. The Pennsylvania State University: Publicación interna.

González Torralbo, H. (2013). La producción científica sobre la familia en Chile: Miradas desde la antropología feminista. *Revista de Estudios de Género La Ventana*, IV (38), 88-119.

Hernández, A. (2008). Expectativas de la vida familiar y laboral de una muestra de estudiantes de Publicidad y Relaciones Públicas. Tesis Doctoral. Universidad de Alicante.

Jiménez-Iglesias, A., Moreno, C., & Rivera, F. (2015). What family dimensions are important for health-related quality of life in adolescence? *Journal of Youth Studies*, 18(1), 53-67.

Palacios, J. (1994). *Escala de Evaluación de Estilos Educativos (4E)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Palacios, J. (1999). La familia y su papel en el desarrollo afectivo y social. En I. Etxebarria, M. J. Fuentes, F. López & M. J. Ortiz (Coords.), *Desarrollo afectivo y social* (267-284). Madrid: Pirámide.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2002). Informe sobre desarrollo humano. 1 UN Plaza, New York, 10017 (EUA).

Oliva, A., Parra, A & Sánchez, I. (2002). Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 20 (2), 225-242.

Oliva, A., Parra, A & Sánchez, I. (2006). Un análisis longitudinal sobre las dimensiones relevantes del estilo parental durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 2006, 29 (4), pp. 453 – 470.

Oliva, A., Parra, Á., Sánchez-Queija, I., & López, F. (2007). Estilos educativos materno y paterno: Evaluación y relación con el ajuste adolescente. *Anales de psicología*, vol. 23, pp. 49-56, España

Oliva, A., Parra, Á., Sánchez-Queija, I., & López, F. (2008). Estilos relacionales parentales y ajuste adolescente. *Infancia y Aprendizaje*, 2008, 31 (1), pp. 93-106

Rich, W. (2002). *Psicoanálisis y Educación*. Barcelona: Anagrama.

Rivadeneira, J. (2013). El funcionamiento familiar, los estilos parentales y el estímulo al desarrollo de la teoría de la mente: efectos en criaturas sordas y oyentes. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.

Slan-Jerusalim, R. and Chen, C. P. (2009), Work-Family Conflict and Career Development Theories: A Search for Helping Strategies. *Journal of Counseling & Development*, 87: 492–499. doi:10.1002/j.1556-6678.2009.tb00134.x

Wertz, J., Nottingham, K., Agnew-Blais, J., Matthews, T., Pariante, C.M., Moffitt, T. E., & Arseneault, L. (2016). Parental monitoring and knowledge: Testing bidirectional associations with youths' antisocial behavior. *Development and Psychopathology*, 28(3), 623–638.